



Ciudadanía y religión

Benoit Mathot Flamand²⁷

Introducción

La asociación entre la ciudadanía y el registro religioso puede sorprender a muchas personas. En efecto, durante todo el periodo del “estadillo”, las demandas que manifiesta la ciudadanía chilena corresponden al ámbito social, político, económico, constitucional, pero ciertamente no religioso. De hecho, la religión es a menudo percibida como una esfera que más que favorecer una acción colectiva busca calmarla, invitando a las partes a la prudencia, al discernimiento, a la temperancia, al diálogo y, finalmente, a la reconciliación y a la paz.

Por otra parte, hay que reconocer que la situación particular de la Iglesia Católica chilena —desde el año 2018 y después de la revelación de diferentes casos de abusos sexuales, de poder y de conciencia— desacreditó a la institución eclesial ante un eventual protagonismo o inspiración para el cambio en curso. En este contexto y en el marco del estallido social, intentaremos considerar la dimensión religiosa, no reducida a una dimensión confesional, sino más bien hablaremos de espiritualidad o de religión en un sentido amplio.

Las preguntas que vamos a plantearnos serán, entre otras: ¿la crisis social que se está viviendo hoy día en Chile tendría raíces espirituales?; ¿cómo una mirada espiritual puede ser un aporte a los debates actuales?; en relación a su historia en Chile, ¿cómo evaluar la reacción de la Iglesia?; ¿qué rol podría jugar la Iglesia Católica (y en general las Iglesias) en esta crisis social?

²⁷ Director del Departamento de Teología y Director del Centro de Investigación en Religión y Sociedad (CIRS), Universidad Católica del Maule.

Provocación inicial

En el marco de las interrogantes anteriormente expresadas, se propone una reflexión que articula dos momentos: en un primero momento, intentaré una mirada general sobre la crisis que afronta el país; y, en segundo momento, articularé este diagnóstico con algunas claves de lectura teológicas con intención de abrir la puerta a un debate y a un diálogo entre los/as participantes del taller.

La dinámica neoliberal como fundamento de la crisis

Sobre lo que se está viviendo Chile en la actualidad, me parece que podemos afirmar que estamos viviendo una crisis profunda del neoliberalismo. Formular este diagnóstico no es ni novedoso ni audaz. Incluso puede parecer aburrido escucharlo una vez más. Sin embargo, voy a intentar desarrollar una mirada un poco distinta sobre este punto.

En efecto, según mi interpretación, lo que caracterizaría al neoliberalismo es la atractiva promesa de un goce ilimitado (el famoso "siempre más"); es decir, de un goce infinito, sin límites y, supuestamente, para todos. *¡Que nunca te falte nada!* Este parece ser el imaginario que se le asocia al neoliberalismo y a su modo de subjetivación. Lo anterior se traduce concretamente, por ejemplo, en las exigencias de felicidad, de bienestar, de performance, de salud, de eficiencia y de transparencia que conocemos en la actualidad. Son tantas las exigencias que se nos presentan como una especie de dogma indiscutible, que terminamos por cuestionar nuestra propia condición de seres finitos y vulnerables. Y, por supuesto, en este contexto, el libre mercado aparece como la instancia que organiza toda esta maquinaria de *expulsión del límite*.

Sin embargo, este imaginario olvida algo fundamental: el ser humano se funda sobre una dimensión de precariedad existencial, la que lo constituye como humano, y dicha precariedad es algo insuperable para cualquier tipo de "progreso", porque se enraíza en la *naturaleza hablante del sujeto*. En efecto, si el ser humano es constituido por esta precariedad, es porque el ser humano es, antes de todo, un ser que habla, que vive *en y por* el lenguaje. Hablar, en este contexto, consiste siempre en el hecho de *intentar* expresar algo, *acercarse* lo más posible a un objeto, pero a un objeto que siempre va a *escapar* a un dominio total del sujeto que intentará expresarlo. Y eso, a veces, puede ser muy frustrante para los sujetos. Dicho de otra manera, existe algo al interior de la realidad que intento expresar que no se deja encerrar en mis palabras que intentan expresar esta realidad. Por esto, hablar consiste siempre en el hecho de asumir este fracaso del dominio total sobre la realidad y, por lo mismo, también hablar nos recuerda nuestra finitud tanta ontológica como antropológica.

Podemos sentir, entonces, la contradicción que existe entre, por una parte, un sujeto hablante constituido por la finitud y la precariedad; y, por otra parte, el imaginario neoliberal que intenta precisamente expulsar esta misma finitud (o esta misma precariedad) de la cultura y de la vida de cada individuo. A través de este panorama podemos leer e interpretar la situación social y política actual, y más particularmente la *crisis de la democracia* que nos está afectando como sociedad. En efecto, ¿qué se pone en juego cuando nuestra sociedad desconfía de la democracia? Mi intuición es que la crisis de la democracia tiene que ver, fundamentalmente, con la naturaleza misma del proyecto neoliberal, que tiene precisamente como objetivo expulsar la dimensión de vulnerabilidad de la vida individual y social. La democracia también tiene que ver con la vulnerabilidad, porque vivir en un régimen democrático implica necesariamente *renunciar* al ejercicio de mi omnipotencia, como también promover un cierto *descentramiento* del sujeto. Forzosamente, esta exigencia de la democracia expone el sujeto a la alteridad de los demás y fragiliza su imaginario de dominio sobre la realidad y las relaciones que establece con otros.

Resumiendo, podemos afirmar que lo que promueve una sociedad neoliberal es una postura ideológica que considera como una enfermedad vergonzosa que la vida se base en la vulnerabilidad, en la fragilidad, o en una falta constitutiva e insuperable. En este contexto, todo lo que se presenta como una demanda de solidaridad, de justicia, de democracia —es decir, todo relato distinto al dominante— pone necesariamente en peligro los fundamentos del neoliberalismo y provoca su reacción represiva. Sin embargo, si creemos que la vulnerabilidad es constitutiva de nuestra humanidad, cabe constatar que la sociedad neoliberal presenta rasgos importantes de *deshumanización*.

Una mirada teológica

A partir de este panorama y de este diagnóstico, surge la siguiente pregunta: ¿qué se puede decir desde la teología (y en tanto cristianos y cristianas) a la reflexión sobre el estadillo social? Más que recordar la sensibilidad de la Iglesia, como tradicionalmente se hace, quizás se pueda más bien afirmar que, paradójicamente, en la tradición cristiana, la figura de Dios abre una brecha, suscita una distancia, provoca un desplazamiento en el corazón de la vida del sujeto creyente y, que esta situación, abre la posibilidad de un relato contra-hegemónico frente al discurso neoliberal.

Generalmente, vivimos asumiendo el imaginario respecto que Dios llena y colma los vacíos y puntos oscuros de nuestras existencias, dándoles un sentido que permite superar —lo que el teólogo Paul

Tillich llama— la *alienación existencial*. Sin embargo, frente a esta comprensión de la figura de Dios, que coincide extrañamente con nuestras expectativas humanas en relación a él, sostendremos que la subversión evangélica consiste precisamente en el hecho de promover un Dios que opera y actúa de otra manera, manteniendo abierta la huella de la carencia o de la vulnerabilidad en nuestra vida. Formulado de otra manera, podemos afirmar que Dios construye *en* la carencia o *en* la falta y, de ninguna manera, en contra de ella o anulándola mágicamente.

El Dios de los cristianos, en efecto, *desapega* al sujeto creyente de sus proyecciones imaginarias, de sus certezas, de sus saberes, de sus crispaciones, de sus adherencias, de sus obsesiones, es decir, lo protege de todo lo que vendría a encerrarlo o reducirlo en *algo*. Si profundizamos este escenario, vemos entonces que lo que permite la tradición cristiana es que se abra en el corazón de los sujetos un *espacio vacío*, de indeterminación, donde algo nuevo e inaudito puede surgir, o más bien *aflorar*, para permitir al sujeto entender y construir su propia vida, desde su propia vulnerabilidad, de una manera más solidaria y más humana.

Esta dinámica de *desapego* la encontramos manifiesta, por supuesto, en los Evangelios, especialmente en los encuentros de Jesús con los demás: su actuar, su manera de entrar en relación, su manera de escuchar y de hablar, como también su sensibilidad. Todas estas manifestaciones revelan el rostro de un Dios solidario que, en esta dinámica, abre en la vida un espacio para lo inédito y lo inaudito. Pero esta dinámica la encontramos también al inicio y al final de los escritos bíblicos: en Génesis, cuando Yahvé ofrece a Adán el goce de todos los árboles del Edén “menos uno”, estableciendo así un límite para que la vida humana sea buena; así también en el relato de la resurrección de Jesús en el Evangelio de Juan, cuando Jesús resucitado prohíbe a María Magdalena tocarlo o apropiárselo.

Para terminar, simplemente manifestar que, frente a la crisis social, cultural, política (y quizás espiritual) que vivimos en la actualidad, la tradición cristiana, desde su propia estructura de existencia y su propia dinámica, tiene sin duda los *recursos*²⁸ para proponer y encarnar un contra-discurso, mucho más humanizante, al discurso neoliberal, respondiendo así a una de las aspiraciones que se manifiestan hoy en día en el espacio social.

²⁸ Encontramos este proyecto de considerar el cristianismo como recurso, por ejemplo, en el libro del filósofo francés François Jullien, *Ressources du christianisme*, Paris, L'Herne, coll. Cave Canem, 2018.

Elementos de la discusión

Elementos generales previos a las tres preguntas

Durante la discusión que tuvimos después de esta provocación inicial, y antes de explorar las tres preguntas que se discutieron en cada uno de los diferentes talleres, una primera ronda de opiniones permitió expresar lo siguiente:

Primero, se expresó que el estadión social nos ha traído muchas preguntas existenciales (personales e inter-personales) sobre el sentido y la finalidad de la vida en la sociedad contemporánea. ¿Qué es lo importante en relación a lo que vivimos? ¿Por qué vivimos? ¿Al servicio de qué/quien estamos? ¿Qué discernimos a través del estadión social? ¿Cómo escucharlo en un país que *"no sabe hablar"*? Estas preguntas provienen del sacudimiento de los fundamentos de la sociedad neoliberal que postulan, por ejemplo, una concepción bastante instrumental y utilitarista de la vida, como de la relación con los demás.

Segundo, frente a esta situación de crisis, se consensua la afirmación según la cual estamos viviendo un momento de *kairos*²⁹ donde algo nuevo está surgiendo, una nueva posibilidad de sentido y de existencia, algo que no está definido ni determinado todavía. En este sentido, podemos decir que estamos viviendo un momento *"tremendamente espiritual"*, en el sentido de *"una fuerza que nos moviliza y nos mueve"*; es decir, un momento que tendría que ver con la manifestación de un *"nuevo Espíritu"*³⁰ (expresión utilizada por un participante en el marco de la discusión). Vivimos en efecto en una sociedad que está muy fragmentada, muy segregada, y donde la noción de *"Espíritu"* puede posiblemente jugar un papel central (como *"lo que re-une lo fragmentado"*).

Tercero, desde una perspectiva cristiana, se afirmó que el sistema neoliberal en el cual vivimos (*"vivir para producir"*) es claramente *"inhumano"* y *"deshumanizante"*; sistema del cual podemos afirmar, desde una perspectiva teológica, que eso no entra en el *"plan de Dios"* para el ser humano. Sin embargo, se cuestionó la ausencia de la Iglesia en la crisis actual, haciendo referencia a dos elementos: primero, que la Iglesia podría estar dando prioridad al hecho de querer sanar sus propias

²⁹ Se considera en efecto que el *"plan de Dios"* abre más bien una perspectiva de justicia, de solidaridad y de gratuidad, es decir, una perspectiva alejada del imaginario neoliberal.

³⁰ Esta noción de *"Espíritu"* la hemos brevemente problematizada a través de toda una discusión incluyendo una perspectiva específicamente cristiana y otra perspectiva más filosófica y no-confesional. Durante esta presentación, se insistió, entre otras cosas, sobre la ambigüedad de la noción de Espíritu, que debemos pensar a través de las características del nuevo Espíritu que está apareciendo, como del Espíritu del neoliberalismo que rechazamos.

heridas y resolver sus propios problemas antes de pensar en los problemas sociales a nivel nacional; y segundo, se criticó también su tendencia a dar una prioridad a los "discursos" teológicos o religiosos más que a una "práctica" concreta, encarnada y humilde de sus pastores frente a la crisis social.

Esta discusión sobre el rol de la Iglesia fue interesante, porque algunos participantes, que se presentaron como no creyentes, afirmaron sin embargo que, para ellos, una "palabra" de la Iglesia sobre los últimos acontecimientos sería importante, como si la Iglesia, a pesar de su silencio, continuara ejerciendo un rol de referente moral en la conciencia de muchos ciudadanos secularizados.

Más allá del análisis del rol jugado por la institución eclesial en la crisis, los participantes del taller dieron una gran importancia al plano individual (¿qué puedo aportar yo como creyente, o desde mi propia postura espiritual?). En este sentido, se destaca que haya "algo irreductible" en la vida de cada creyente (como de cada ciudadano) que hace que seamos responsables de nuestra vida (personal, social, económica, etc.), y se insistió en la idea según la cual tener una preocupación por esta responsabilidad tiene que ver también con una dimensión espiritual. Dicho de otra manera, en el corazón de nuestra preocupación por vivir una vida justa y articulada al bien común vive también una dimensión espiritual.

En la línea de estas reflexiones, se pasó a responder en conjunto las siguientes tres preguntas:

Primera pregunta: ¿Cuál es el piso mínimo aceptable que la sociedad debe darse en cada tema tratado?

Para adaptar esta pregunta al objeto de nuestro taller "Ciudadanía y religión", la hemos transformado de la manera siguiente: "*¿Cuáles son las condiciones necesarias/mínimas para que la religión y/o las Iglesias puedan contribuir positivamente a la resolución de la crisis?*"

Como primer elemento de respuesta a esta pregunta, encontramos la exigencia de "pasar por la crisis", como a través del fuego de la crisis. Esta exigencia, que consiste en el hecho de asumir la crisis y de "mirar y enfrentarse con la realidad" tal como es, está dirigida hacia la sociedad, pero también hacia la Iglesia (y en su caso, la idea subyacente es que es a través de su compromiso en la crisis social que, finalmente, podrá asumir y superar su propia crisis). Podemos hacer un paralelismo entre esta orientación fundamental y la idea defendida por el jesuita Michel de Certeau, que tematiza la

idea de una "*ley del conflicto*"³¹ de la cual los cristianos, a menudo, tienen miedo. Afirmando que es a través de la herida que nos sanaremos, afirmamos también una lectura espiritual de la actitud que tenemos que adoptar frente a la crisis.

Segunda condición "*para que la religión y/o las Iglesias puedan contribuir positivamente a la resolución de la crisis*": se trata de terminar con la "*falsa separación/dicotomía*" que a menudo existe entre el mundo religioso-espiritual y el mundo político-social. En este sentido, los participantes consensuan que la Iglesia no debe desvincularse del mundo, sino más bien unir las dos dimensiones (o articularlas), como lo hizo, por ejemplo, la teología de la liberación. Es en la profundidad de la immanencia, o en la manera de habitar la vida cotidiana, que vive la espiritualidad, la más espiritual.

Otras condiciones, que forman un conjunto coherente: se trata para la Iglesia Católica de terminar con la alianza incestuosa "*del trono y del altar*" (alianza que permite a la Iglesia tener relaciones privilegiadas –o acomodarse a relaciones privilegiadas– con poderes sociales). Se trata también de valorar la participación concreta y efectiva de todas y todos sus miembros, promoviendo así la democratización de su funcionamiento. Por último, se aborda una exigencia hacia la Iglesia, la de mostrar coherencia entre los discursos religiosos profesados y su traducción concreta en práctica, lo que permitirá a la Iglesia recuperar un posicionamiento claro y profético, sin el cual todo el resto sería "palabras muertas".

Segunda pregunta: ¿Qué obstáculos detectamos en la sociedad chilena y/o en nuestra realidad personal, vecinal o local que impiden esos mínimos?

Los principales obstáculos, a la implementación de los mínimos abordados en la pregunta anterior, tienen que ver con una "*resistencia interna frente al cambio*". Esta resistencia concierne a la situación de la Iglesia, como también de la propia UCM (sobre este punto, los participantes hicieron un nexo con la situación de conflicto social vivida por los funcionarios de la universidad) y, finalmente, la situación de cada una y cada uno de nosotros al momento de enfrentar un cambio importante.

Cuando se preguntan sobre el motor que anima esta resistencia, los participantes del taller identifican el "*temor a perder poder*", pero también "*espacios*" propios, así como una cierta "*representación de*

³¹ Sobre esta noción, ver : Michel de Certeau, *L'étranger ou l'union dans la différence*, Paris, Points Essais, 2005, pp. 21-43.

sí mismo". En el fondo, debemos reconocer que una dinámica de cambios nos enfrenta a la pérdida de una seguridad (existencial, económica, religiosa, cotidiana, etc.) que impide su buena recepción.

Por esta razón, enfrentarse con estos cambios (en nuestro caso, los cambios sociales) implica enfrentarlos con verdad, con coraje, lo que pasa por un verdadero diálogo, en el cual, para que todo el mundo pueda "ganar" algo, todo el mundo debe "perder" algo. Este tipo de diálogo adulto excluye los mecanismos de "*falsos diálogos*" (identificado por los participantes del taller como otro obstáculo) donde se habla mucho, pero para no cambia nada. En este tipo de falso diálogo, en efecto, de manera paradójica, se habla para no hablar y se escucha para no escuchar, precisamente porque, donde todo el mundo quiere "ganar" algo, nadie quiere asumir el riesgo de una pérdida. Cuando todo diálogo pasa, de alguna manera, por un riesgo a la pérdida.

Por último, el taller identificó como obstáculo una cierta "*fascinación por la normalidad*", lo que se relaciona con el miedo al conflicto provocado por el encuentro con la alteridad, lo distinto, lo diferente. Lo interesante es que todas las resistencias identificadas a lo largo del taller plantean una profunda dimensión espiritual.

Tercera pregunta: ¿Cómo podemos abordar estos obstáculos?

Para responder a esta pregunta, diferentes pistas de reflexión fueron enunciadas durante el taller: primero, se trata de asumir el actuar de manera "*adulta*" y "*responsable*". Esta orientación ya fue tematizada en las dos primeras preguntas, pero puede ser considerada como un hilo rojo y un *leitmotiv* de toda la sesión.

Sin embargo, el elemento más importante fue la necesidad de fortalecer dos conceptos claves de la tradición cristiana: la "*comunidad*" y el "*servicio*". Promover la noción/dimensión de comunidad exige que el poder vuelva a la base (a las comunidades de base), lo que exige, en el caso de las autoridades religiosas, pero también a nivel político, renunciar a considerarse como instancia de poder separada de la gente y crear nuevos "*espacios de diálogo-participación-decisión para hacer comunidad*". Una comunidad donde la gente tenga la libertad para decidir su destino. Al impulsar esta dinámica más cercana a la comunidad, la Iglesia, como el mundo político, transitaría desde una comprensión de su papel en términos de "*poder*" a una comprensión de su papel en términos de "*servicio*", y detrás de ella, como en filigrana, de favorecer una reflexión sobre una "nueva ética".

Conclusión

Si retomamos las preguntas iniciales que orientaron este taller, podemos afirmar que, sí, el estadillo social que vive el país actualmente tiene raíces espirituales, si entendemos la espiritualidad menos en términos confesionales que a nivel de lo que hace sentido y valor. Por otra parte, podemos afirmar también que la dimensión espiritual puede nutrir, a partir de sus palabras, de las estructuras de existencia que promueve, o de su larga y diversa historia, una reflexión de fondo sobre las posibles soluciones para poder salir de esta crisis.